

Teatro Español: «El villano en su rincón», de Lope de Vega

CREO en Lope. A estas alturas, podemos seguir entonando el credo que en su tiempo tuvo el pueblo para el Fénix. Creo en Lope. Si, también ahora; ahora, en que todo sigue hundido bajo su feliz monarquía. Y ahora, que en la escenografía ha alcanzado a dar el punto justo a sus personajes, a sus ambientes, a sus luces, a sus versos... Creo en Lope. Y helo aquí, con "El villano en su rincón". Corte contra cortijo, danza de vareadores contra lucientes espadines, flores del romero contra flores de lis. El canto del labriego, su guitarra y su rezo, frente a posibles falsas sonrisas; falsas promesas; ruido de sayas frente a suaves giros de fulases y gró. Lope, señor de monarquía divina y humana, juega a lo auténtico, y de su juego surge todo un canto dulce de paz que vence por prodigio de humildad y de orgullo ante la realeza que se rinde al orden.

"El villano en su rincón" es, en efecto, un canto horaciano. El "Beatus ille", que sigue en boca de nuestro fray Luis, con su "dichoso el que de pleitos alejado". Este parece ser el lema de nuestro "villano", señor y rey de su hacienda, de su campo, de su honor, de su sencillez. ¡Buen villano y buen rincón!, dice el rey contemplando la figura y el aposento de este hombre que huye de la corte, que desprecia la corte, y que más tarde ha de rendirsele el propio rey, envidiando su entereza, su amor a la vida beata y su lealtad al poder que le ampara.

Lope nos pinta la figura más noble y más bella de alma humana, llena de honda y sencilla poesía, y a la vez nos descubre todo el mundo campesino de aquel tiempo, con sus costumbres, sus predilecciones en el yantar, sus juegos, sus bailes, sus chistes, sus personajes secundarios "paletos", con fuerte sabor de la tierra. Entona el cántico horaciano y reverdecen en sus versos los prados, corren los arroyuelos, se paladea la miel, huele a cocina con olla de vaca y carnero, suena el canto de la perdiz, cruje la retama al estampido de la liebre. Y frente a eso, o, mejor, alternando con todo ello, la corte de Enrique III de Francia cruza con el halcón los campos, en descansada y feliz carcería, o aparece su trono, al compás de vihuelas, flautas y tamboriles. ¡Gran comedia! Comedia de cortijo y corte, de paz y de amores, de dulces cánticos y floridos talles de campesinas y pastoras. Por toda ella cruza un aire sutil, fresco, lleno de los más variados perfumes. Y sobre ella, ese alma tan alta, tan alta, más alta

que la luna, que es la de nuestro villano en su rincón, ejemplo de orgullo y de humildad, que sube a la corte, y la corte descende a él, en una suprema contradanza, que preside la más brillante armonía: la de la feliz comedia que el tiempo no ha superado. ¡Creo en Lope!

Y ahora, hablemos del hallazgo actual, es decir, de su realización anche en la escena del teatro Español. Recuerdo que hace ya algunos años, precisamente en este mismo teatro, y presenciando también la representación de una comedia de Lope, tuve ocasión de hablar con el ilustre maestro en el arte de hacer comedias, Joaquín Álvarez Quintero. No es conocido de muchos, que el gran comediógrafo sevillano, si fué ilustre como autor, fué también insigne como lopista. Y recuerdo que aquella noche me dijo: "Aun está por resolver el problema de las mutaciones en el teatro de Lope. Lástima que no nos viva aquel gran ingenio. Anoche hubiese visto, por primera vez, este problema de las mutaciones resuelto. De manera tan admirable como bella, los escenarios se suceden, se acortan y se amplian, en juego del más fino gusto, y sin que la menor interrupción los haga desmayarse.

Ha sido esta representación de anoche en el Español una de las más acertadas que hemos visto; los decorados y figurines de Viudés y la dirección de Cayetano Luca de Tena con un verdadero prodigio. El mejor gusto, la máxima sencillez y los valores plásticos realizados con poderoso encanto.

La interpretación fué un éxito para Guillermo Marín, que consiguió, en el papel de Juan Labrador, una acertada identificación, un sencilló y ponderado acento, una dicción justa y sincera.

Maria Jesús Valdés realizó su cometido de manera encantadora; supo dar ingenuidad, ironía, sutiles tonos de campesina y de cortesana; Maria Jesús Valdés, en comedia de tan variados matices, ha alcanzado un tanto más en su ya brillante carrera artística.

Muy bien, muy entonado en el difícil que se le encomendaba, Gabriel Llopas, y acertadísimo José Capilla, que dió a su "gracioso" un tono de perfiles agudos, serios y ajustados a una línea clásica, sin exageraciones.

Alberto Bové—elegante y sobrio—, Kaiser, Gil Marcos, Noguerras, Esperanza Grases, Horna, Cuenca, Martín y toda la compañía, en perfecta disciplina. Un gran éxito para todos.

DIEZ CRESPO